

Domingo II del Tiempo Ordinario (ciclo A)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **CATENA AUREA**
- **FRANCISCO – Ángelus 2014**
- **BENEDICTO XVI – Jesús de Nazareth I, 1**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
 - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Joaquim FORTUNY i Vizcarro (Cunit, Tarragona, España)** (www.evangelii.net)

DEL MISAL MENSUAL

LA LUZ DE LAS NACIONES

Is 49,3.5-6; 1 Co 1,1-3; Jn 1,29-34

El Segundo cántico del Siervo es un llamado a la esperanza y a la reconciliación entre las naciones. El profeta Isaías no compartía en manera alguna una visión estrecha del amor de Dios, ni tenía pretensión alguna de apropiarse de Dios. El Dios de Israel no es propiedad del pueblo. Dios se desvive por todas sus criaturas, le duele y le preocupa la situación de todos sus hijos. Por eso mismo enviará a su Siervo a que en Babilonia, en Líbano o en Persia, testimonie con hechos y palabras la visión del Dios compasivo que ama a todos por igual. El profeta del Jordán logró discernir la singularidad del hombre recién venido de Nazaret y advirtió que éste que era el elegido, el Cordero de Dios. No era un hombre común y corriente, antes bien, estaba ungido por el Espíritu y por eso mismo, comunicaría esa vitalidad divina a cuantos se dispusieran a acoger su oferta de gracia.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sal 65, 4

Que se postre ante ti, Señor, la tierra entera; que todos canten himnos en tu honor y alabanzas a tu nombre.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, que gobiernas los cielos y la tierra, escucha con amor las súplicas de tu pueblo y haz que los días de nuestra vida transcurran en tu paz. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Te hago luz de las naciones, para que todos vean mi salvación.

Del libro del profeta Isaías: 49, 3. 5-6

El Señor me dijo: “Tú eres mi siervo, Israel; en ti manifestaré mi gloria”.

Ahora habla el Señor, el que me formó desde el seno materno, para que fuera su servidor, para hacer que Jacob volviera a él y congregar a Israel en torno suyo —tanto así me honró el Señor y mi Dios fue mi fuerza—. Ahora, pues, dice el Señor: “Es poco que seas mi siervo sólo para restablecer a las tribus de Jacob y reunir a los sobrevivientes de Israel; te voy a convertir en luz de las naciones, para que mi salvación llegue hasta los últimos rincones de la tierra”.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 39, 2 y 4ah. 7-8a. 86-9.10

R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Esperé en el Señor con gran confianza; él se inclinó hacia mí y escuchó mis plegarias. Él me puso en la boca un canto nuevo, un himno a nuestro Dios. **R/.**

Sacrificios y ofrendas no quisiste, abriste, en cambio, mis oídos a tu voz. No exigiste holocaustos por la culpa, así que dije: “Aquí estoy”. **R/.**

En tus libros se me ordena hacer tu voluntad; esto es, Señor, lo que deseo: tu ley en medio de mi corazón. **R/.**

He anunciado tu justicia en la gran asamblea; no he cerrado mis labios, tú lo sabes, Señor. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

La gracia y la paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los corintios: 1, 1-3

Yo, Pablo, apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios, y Sóstenes, mi colaborador, saludamos a la comunidad cristiana que está en Corinto. A todos ustedes, a quienes Dios santificó en Cristo Jesús y que son su pueblo santo, así como a todos aquellos que en cualquier lugar invocan el nombre de Cristo Jesús, Señor nuestro y Señor de ellos, les deseo la gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Cristo Jesús, el Señor.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 1, 14. 12

R/. Aleluya, aleluya.

Aquel que es la Palabra se hizo hombre y habitó entre nosotros. A todos los que lo recibieron les concedió poder llegar a ser hijos de Dios. **R/.**

EVANGELIO

Éste es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo.

Del santo Evangelio según san Juan: 1, 29-34

En aquel tiempo, vio Juan el Bautista a Jesús, que venía hacia él, y exclamó: “Éste es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo. Éste es aquel de quien yo he dicho: ‘El que viene después de mí, tiene precedencia sobre mí, porque ya existía antes que yo’. Yo no lo conocía, pero he venido a bautizar con agua, para que él sea dado a conocer a Israel”.

Entonces Juan dio este testimonio: “Vi al Espíritu descender del cielo en forma de paloma y posarse sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: ‘Aquel sobre quien veas que baja y se posa el Espíritu Santo, ése es el que ha de bautizar con el Espíritu Santo’. Pues bien, yo lo vi y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios”.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Concédenos, Señor, participar dignamente en estos misterios, porque cada vez que se celebra el memorial de este sacrificio, se realiza la obra de nuestra redención. Por Jesucristo nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Sal 22, 5

Para mí, Señor, has preparado la mesa y has llenado mi copa hasta los bordes.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Infúndenos, Señor, el espíritu de tu caridad, para que, saciados con el pan del cielo, vivamos siempre unidos en tu amor. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO

La experiencia de los creyentes que viven demasiado seguros de sus creencias se convierte en ocasiones en un peligro para la convivencia social. La superioridad moral o religiosa de quienes juzgan que su camino religioso es muy superior al de los otros, puede convertirse en fanatismo y violencia. Desafortunadamente hemos conocido ejemplos recientes, no sólo por parte de islamistas fanáticos, sino también de políticos que alegan la supremacía de una raza o una cultura sobre otra. La mirada del profeta Isaías no se asemeja a tales discursos. El Siervo del Señor tiene una misión amistosa e incluyente: invitar a todos los pueblos a la salvación. No se trata de imponer, sino de proponer un camino de salvación para las personas bien dispuestas. Estamos urgidos de vivir la fe con una actitud más dialogal. Quienes no consiguen comprender las exigencias evangélicas, no pueden ser forzados a vivir conforme a lo que a los cristianos nos parece tan claro y natural.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Luz de las naciones (Is 49,3.5-6)

1ª lectura

Estas palabras forman parte del segundo canto del Siervo del Señor (Is 49,1-6). En el primero (Is 42,1-9) se presentaba al «siervo» y se hablaba de su tarea en la liberación del pueblo exiliado. Al comienzo del segundo, el siervo toma directamente la palabra y se dirige a las «islas, los pueblos lejanos» sabiéndose destinado por Dios desde el seno materno para efectuar, también en ellos, los designios divinos de salvación (cfr vv. 1-3).

Acerca de su misión se señalan ahora dos aspectos, que se irán desarrollando en los oráculos posteriores. En primer lugar, su protagonismo en la restauración de las tribus y en el regreso de los deportados a Sión (v. 5); después, la dimensión universal de su tarea para hacer que la salvación de Dios llegue hasta los confines de la tierra (v. 6).

En este poema cabe distinguir lo que el siervo dice de sí mismo (vv. 1-4) y lo que el Señor dice del siervo (vv. 5-6).

El fundamento de la actividad del siervo está en las palabras recibidas del Señor: «Tú eres mi siervo, Israel» (v. 3). Algunos comentaristas han supuesto que el término «Israel» es una interpolación tardía para corroborar la interpretación colectivista del siervo, que se impuso muy pronto entre los judíos; pero esta interpretación no tiene argumentos sólidos porque la palabra Israel sólo falta en un manuscrito de escasa importancia. De todos modos, la mención de Israel no se opone a la interpretación individual del siervo, porque en poesía cabe dirigirse a alguien por su nombre personal o por su patronímico. De hecho, tanto en el Israel bíblico como en nuestra cultura muchos personajes han tomado como sobrenombre el de su lugar de origen.

Lo que el Señor transmite es la misión del siervo (vv. 5-6): la restauración de las tribus tiene que ser tan eficaz que, también los no israelitas, puedan quedar iluminados y alcanzar la salvación. Aunque la misión universal del siervo no está aquí claramente definida, puesto que su labor ha de limitarse a las tribus de Jacob, no obstante la consecución de este objetivo, la reunión de Israel, será como una luz para que los pueblos paganos vean y reconozcan a Dios. La expresión «luz de las naciones» (v. 6) ha aparecido ya en el primer poema (42,6); allí podía entenderse en sentido social: obtener la liberación de los deportados y cautivos; aquí el sentido religioso es claro: extender la salvación a todas las naciones.

En resumen, el siervo del Señor ha sido elegido y amado con predilección por Dios, goza de las cualidades proféticas más relevantes y ha de mover a sus compatriotas con el fin de iluminar y salvar a los de fuera.

La interpretación mesiánica del siervo, a partir de este segundo canto, era común entre los judíos alejandrinos que lo tradujeron al griego en la versión de los Setenta, entre los miembros de la comunidad de Qumrán y entre algunos autores de la literatura intertestamentaria, como el *Libro de Henoc*. Todos ellos entendían que el siervo era, en sentido colectivo, el pueblo entero de Israel.

Sin embargo, el verdadero sentido del texto se hace patente con la venida de Cristo. En efecto, fueron los cristianos quienes desde el principio aplicaron a Jesús los cantos del Siervo y los vieron cumplidos en su vida. La expresión «luz de las naciones», o «de las gentes», (v. 6) es puesta en boca del anciano Simeón aplicado a Jesús (Lc 2,32). Incluso, en los *Hechos de los Apóstoles* se aplica a quienes, en continuidad con la predicación de Jesucristo y para colaborar en su obra salvífica, van a predicar a los gentiles, como lo atestiguan las palabras de Pablo y Bernabé en la sinagoga de Antioquía de Pisidia: «Era necesario anunciaros en primer lugar a vosotros la palabra de Dios, pero ya que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, nos volvemos a los gentiles. Pues así nos lo mandó el Señor: *Te he puesto como luz de los gentiles, para que lleves la salvación hasta los confines de la tierra*» (Hch 13,46-47). Por eso la Iglesia entiende su misión como un dar a conocer la verdad sobre Jesucristo, luz que ilumina a todo hombre: «La luz del rostro de Dios resplandece con toda su belleza en el rostro de Jesucristo, “imagen de Dios invisible” (Col 1,15), “resplandor de su gloria” (Hb 1,3), “lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14): Él es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6). (...) Jesucristo, “luz de los pueblos”, ilumina el rostro de su Iglesia, la cual es enviada por Él para anunciar el Evangelio a toda criatura (cfr Mc 16,15). Así la Iglesia,

pueblo de Dios en medio de las naciones, mientras mira atentamente a los nuevos desafíos de la historia y a los esfuerzos que los hombres realizan en la búsqueda del sentido de la vida, ofrece a todos la respuesta que brota de la verdad de Jesucristo y de su Evangelio» (Juan Pablo II, *Veritatis splendor*, n. 2).

Llamados a ser santos (1 Co 1,1-3)

2ª lectura

La presentación que el Apóstol hace de sí mismo (vv. 1-2) contiene su nombre y tres rasgos que muestran su dignidad: la llamada divina, el oficio de apóstol de Jesucristo y el querer de Dios, como fundamento de su misión. San Pablo es «llamado», porque es consciente de que Cristo cambió su vida desde que se encontró con Él en el camino a Damasco (cfr Hch 9,1-9; Rm 1,1). Con el título «apóstol de Cristo Jesús» expresa su misión y prueba la autoridad con que Pablo alaba, enseña, amonesta o corrige de palabra o por escrito. El nombre de Cristo Jesús se repite hasta nueve veces en los primeros nueve versículos, indicando que Él es el centro de la vida cristiana y de la de los corintios. «Por voluntad de Dios» confirma la autoridad de su ministerio.

«Sóstenes». Por la forma de mencionarlo parece que debía de ser alguien bien conocido de los corintios, quizá porque acompañase frecuentemente a San Pablo. Pudo haber sido quien escribió materialmente la carta (cfr 16,21). No hay pruebas suficientes para indentificarlo con el jefe de la sinagoga de Corinto (cfr Hch 18,17).

«La Iglesia de Dios que está en Corinto» es la destinataria inmediata de la carta. La misma construcción gramatical pone de manifiesto que la Iglesia universal no es el conjunto o suma de las comunidades locales, sino que cada comunidad local, aquí la de Corinto, representa a toda la Iglesia, una e indivisible: «La llama el Apóstol *Iglesia de Dios* para designar que la unidad es el carácter esencial y necesario. La Iglesia de Dios es una en los miembros y no forma más que una sola Iglesia con todas las comunidades extendidas en el universo, porque la palabra *Iglesia* no es la designación del cisma, sino de la unidad, de la armonía, de la concordia» (S. Juan Crisóstomo, *In 1 Corinthios*, 1, *ad loc.*).

«Los santificados en Cristo Jesús» (v. 2). La fórmula «en Cristo Jesús», repetida hasta 65 veces en el epistolario paulino, significa aquí que es en Cristo en quien los bautizados están enraizados como los sarmientos en la vid (cfr Jn 15,1ss.); este vínculo nos hace santos, es decir, partícipes de la santidad divina y llamados a un comportamiento moral perfecto: «Llámanse santos los fieles que se han constituido en pueblo de Dios, o que se han consagrado a Cristo al recibir la fe y el bautismo; a pesar de ofenderle en muchas cosas y de no cumplir lo que prometieron; a la manera que también los que profesan un arte, aunque no guarden sus reglas, conservan, sin embargo, el nombre de artistas. En virtud de esto, llama San Pablo santificados y santos a los de Corinto, entre los cuales es evidente que hubo algunos a quienes reprende duramente por deshonestos, y con epítetos aún más graves» (*Catechismus Romanus* 1,10,15).

El Apóstol modifica la fórmula epistolar de saludo habitual en el mundo grecorromano (*chairein*, «saludos») por una más personal y de más fuerza cristiana: «Gracia y paz» (v. 3). «No hay verdadera paz, como no hay verdadera gracia, sino las que vienen de Dios —enseña San Juan Crisóstomo—. Poseed esta paz divina y no tendréis nada que temer, aunque fuerais amenazados por los mayores peligros, ya sea por los hombres, ya sea incluso por los mismos demonios. Al contrario, para el hombre que está en guerra con Dios por el pecado, mirad cómo todo le da miedo» (*In 1 Corinthios* 1, *ad loc.*).

Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1,29-34)

Evangelio

Juan testimonia no sólo que Jesús es el Mesías, sino que Él, con su muerte sangrienta redime al mundo del pecado. Este testimonio del Bautista es presentado como modelo del que hemos de dar los cristianos de lo que hemos visto y experimentado al creer en Jesucristo: «Todos los cristianos, dondequiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de su palabra al hombre nuevo del que se revistieron por el bautismo y la fuerza del Espíritu Santo que les ha fortalecido con la confirmación, de tal manera que todos los demás, al contemplar sus buenas obras, glorifiquen al Padre y perciban con mayor plenitud el sentido auténtico de la vida humana y el vínculo universal de comunión entre los hombres» (Conc. Vaticano II, *Ad gentes*, n. 11).

Al llamar a Jesús Cordero de Dios (v. 29), Juan alude al sacrificio redentor de Cristo. Isaías había comparado los sufrimientos del Siervo doliente, el Mesías, con el sacrificio de un cordero (cfr Is 53,7). Por otra parte, también la sangre del cordero pascual, rociada sobre las puertas de las casas, había servido para librar de la muerte a los primogénitos de los israelitas en Egipto (cfr Ex 12,6-7). Tras la muerte y resurrección de Jesús, sus discípulos testimoniamos que Él es el verdadero Cordero Pascual. Lo hacemos antes de recibir a Cristo en la Sagrada Comunión, es decir, a la hora de participar en la «cena de las bodas del Cordero» (Ap 19,9).

Juan Bautista, al decir que Jesús existía ya antes que él (v. 30), indica su divinidad. Es como si dijese: «Aunque yo he nacido antes que Él, a Él no le limitan los lazos de su nacimiento; porque aun cuando nace de su madre en el tiempo, fue engendrado por el Padre fuera del tiempo» (S. Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia* 7). El testimonio de Juan sobre el Bautismo de Jesús revela, además, el misterio de la Santísima Trinidad (cfr vv. 32-34). La paloma es símbolo del Espíritu Santo, del que se dice en Gn 1,2 que revoloteaba sobre las aguas.

CATENA AUREA

Orígenes

Después del testimonio de San Juan ya se ve a Jesús viniendo hacia él, que no sólo ha perseverado hasta entonces, sino que refuerza aún más su testimonio, lo cual se designa por el día segundo. Por esto dice: “El día siguiente vio Juan a Jesús”. Ya antes de ahora, cuando la Madre de Jesús estaba embarazada y al poco tiempo de haberle concebido, había pasado a visitar a la madre del Bautista, que a su vez le encerraba en su seno. Y tan luego la voz de María llegó a los oídos de Isabel, con sólo la salutación de María, salta Juan, encerrado en el vientre de su madre. Y Este es visto por San Juan, quien ha dado testimonio de Él, viniendo y dirigiéndose hacia Él. Primero sucede que uno es instruido por lo que oye a otro, y después confirma ocularmente lo que ha oído. Por cuanto María vino a visitar a Santa Isabel como a persona inferior, y el Hijo de Dios al Bautista, se nos enseña el auxilio que debemos a los menores y el ejercicio de la modestia. Mas no se dice aquí de dónde venía el Salvador cuando se dirigía a donde estaba el Bautista, sino que lo deducimos de las palabras de San Mateo, que dice: “Entonces vino Jesús desde Galilea al Jordán, a ser bautizado por Juan” (Mt 2, 13).

Crisóstomo, *in Ioannem*, hom. 16

San Mateo habla propiamente de la venida del Salvador al bautismo, mas San Juan parece indicar que Jesús fue por segunda vez a ver al Bautista después del bautismo. Y esto lo prueba por lo que sigue: “Porque he visto al Espíritu Santo que bajaba”, etc. Parece que los evangelistas se distribuyeron el tiempo de esta narración. Porque San Mateo, pasando en silencio lo que sucedió

antes que el Bautista fuese aprehendido, pasa a ocuparse de lo que sucedió después; mas San Juan se detiene especialmente en los tiempos que precedieron a la prisión del Bautista. Por esto dice: “Al día siguiente, vio”, etc. Por qué vino a ver al Bautista una segunda vez después del bautismo se conoce porque lo había bautizado entre muchos, para que no se creyese que el Salvador había venido como los demás, que acudían ora para confesar los pecados, ora para purificarse en el río por medio de la penitencia. Por esto sucedió que, dando ocasión a San Juan de destruir esta sospecha, San Juan se anticipó con estas palabras. Por esto sigue: “Y dice, he aquí el Cordero de Dios”, etc. El que era tan puro que podría borrar los pecados de otros, manifiesta desde luego que no venía a confesar sus pecados sino a dar ocasión a San Juan para que hablase de Él. Vino también por segunda vez para que aquellos que ya habían oído las cosas anteriores vean confirmado lo que se les había dicho y oigan otra vez cosas nuevas. Por esto dice: “He aquí el Cordero de Dios”, manifestando que Este es Aquél que era esperado en otro tiempo y recordando la profecía de Isaías según la que, aquellas sombras que existían en la ley de Moisés, los condujeran más fácilmente de la figura a la realidad.

San Agustín, *in Ioannem, tract. 4*

Y si el Cordero de Dios es inocente, también San Juan es el cordero, ¿o acaso no es él inocente también? Pero todos proceden de aquella descendencia de quien dice el afligido David: “He sido concebido en el pecado” (Sal 50, 7). De modo que sólo es cordero Aquél que no viene al mundo de este modo. Y en realidad no había sido concebido en pecado, ni su madre había tenido pecado cuando le llevaba en su vientre, pues ella le había concebido siendo Virgen, y siendo Virgen le había parido. Porque le había concebido por medio de la fe, y por medio de la misma le había tenido en su seno.

Orígenes, *in Ioannem, tom. 6*

Se ofrecían en el templo cinco clases de animales (tres de la tierra: el becerro, la oveja y la cabra; dos del aire: la tórtola y la paloma; y de las ovejas eran llevadas tres: el carnero, la oveja y el cordero). Sólo hace mención del cordero, que es de la raza de las ovejas. En los holocaustos diarios se ofrecían un cordero por la mañana y otro por la tarde. ¿Qué otra oblación puede hacerse todos los días que sea digna del ser inteligente sino el Verbo florido y vigoroso, llamado por antonomasia el Cordero? Por lo tanto, esto se considerará como la oblación de la mañana, en cuanto se refiere a la frecuencia con que el alma se detiene en las cosas divinas, dada la condición de nuestra alma, que no puede estar siempre en los conceptos altísimos por estar unida con el cuerpo, que es terreno y pesado. De esta palabra, según la cual llamamos a Jesucristo Cordero, podemos deducir lo demás y por qué razón nos inclinamos a las cosas temporales, a la manera que nos tendemos a la llegada de la tarde. Y el que ofreció este cordero para sacrificarle fue el mismo Dios escondido en el hombre, gran sacerdote, que dijo: “Ninguno separará mi alma de mí, porque soy yo quien la depongo” (Jn 10, 18). Por esto dice: “Cordero de Dios”, porque El, tomando sobre sí nuestras aflicciones y quitando los pecados de todo el mundo, recibió la muerte como bautismo. Y no pasa sin corrección para Dios nada de lo que hacemos contrario a su Ley, la cual ha de cumplirse aun a costa de las mayores dificultades.

Teofilacto

Se llama Jesucristo Cordero de Dios porque Dios Padre aceptó la muerte de Jesucristo por nuestra salvación. O lo que es lo mismo, en cuanto lo entregó a la muerte por nosotros. Y así como acostumbramos a decir esta ofrenda es de tal hombre, esto es, la que tal hombre ofreció, así Jesucristo se llama Cordero de Dios, quien le había entregado a la muerte por nuestra salvación. Mas aquel cordero que había servido antes de figura, no tenía mancha alguna; pero éste llevó sobre sí las

manchas o los pecados de todos los hombres, porque sacó al mundo del peligro en que estaba de sucumbir bajo el castigo de Dios¹. Por esto añade: “He aquí el que quita el pecado del mundo”. No dijo: el que quitará, sino el que quita el pecado del mundo, como si siempre hubiese estado haciendo lo mismo. No quitó el pecado únicamente cuando padeció, sino desde entonces hasta nuestros días. No es sacrificado constantemente (porque sólo se ha ofrecido una vez por nuestros pecados) mas siempre los está quitando por medio de su oblación.

San Gregorio, *Moralium*, 8, 32

Se quita el pecado al género humano en absoluto, cuando se cambia nuestra corrupción por la gloria de la incorrupción. Y no podemos estar libres de culpa hasta que nos libremos del cuerpo por medio de la muerte.

Teofilacto

¿Y por qué no dijo: los pecados del mundo, sino el pecado? Dijo únicamente pecado, refiriéndose al pecado en sentido universal, como decimos que el hombre fue arrojado del Paraíso, para que se entienda todo el género humano.

Beda

Se llama pecado del mundo al pecado original, que es el pecado común a todos los hombres, cuyo pecado, como todos los demás que a éste pueden añadirse, los quita Jesucristo por medio de su gracia.

San Agustín, *ut sup*

Y el que no tomó el pecado cuando tomó nuestra naturaleza es el mismo que quita nuestro pecado. Ya sabemos que dicen algunos: nosotros quitamos los pecados a los hombres porque somos santos. Mas si no fuere santo el que bautiza, ¿cómo quita el pecado de otro, siendo él un hombre lleno de pecado? Contra estas cuestiones leamos ahora: “He aquí el que quita el pecado del mundo”, para que no crean los hombres que son ellos quienes quitan el pecado a otros hombres.

Orígenes

Así como los sacrificios legales se referían como por lazo de parentesco al ofrecimiento del Cordero, así también ahora al sacrificio de este Cordero se añaden otras oblaciones, como son, a mi modo de entender, los derramamientos de sangre de los mártires, con cuya paciencia, confesión y prontitud se embotan las maquinaciones de los malos, inclinándolos al bien.

Teofilacto

Y como San Juan había dicho ya a los que le habían enviado: “Mas en medio de vosotros estuvo a quien vosotros no conocéis”, ahora se lo enseña a los que no lo conocieron, diciendo: “Este es aquél de quien yo dije: en pos de mí viene un hombre”, etc. Se llama hombre por el desarrollo de su cuerpo, porque fue bautizado a los treinta años, y porque es un hombre con alma espiritual y el esposo de la Iglesia. Por cuya razón decía San Pablo: “Pues os he desposado con Cristo, para presentaros como virgen pura al único esposo” (2Cor 2, 2).

San Agustín, *in Ioannem*, tract. 4

¹ Aparece aquí la perspectiva del Dios castigador. La fe de la Iglesia enseña que Dios es Ser y Amor, y que se acerca a nosotros con un amor misericordioso que supone la justicia y va más allá de ella.

Vino después de mí, porque ha nacido después que yo. Y ha sido hecho antes que yo porque es anterior a mí.

San Gregorio, in *Evang. hom.* 7

Y manifiesta las causas de esta precedencia cuando añade: “Porque primero era que yo”. Como si dijese claramente: aunque yo he nacido antes que Él, a Él no lo limita el tiempo de su nacimiento; porque aun cuando nace de su madre en el tiempo, fue engendrado por el Padre sin tiempo.

Teofilacto

¡Oh Arrio! escucha: No dijo que fue creado antes que yo, sino que era antes que yo. Oiga también esto la secta de Pablo de Samosata², que enseña que no nació de la Virgen, porque aunque de ella tomó el modo de existir, ¿cómo existió antes del precursor? Pues es bien sabido que el precursor tenía seis meses más que el Salvador en cuanto a la humana generación.

Crisóstomo, in *Ioannem, hom.* 16

Y para que no parezca que da testimonio de El por el parentesco, porque era pariente suyo según la carne, dice: “Yo no lo conocía”. Y según la razón natural sucedió así, porque San Juan había estado siempre en el desierto. Además, los milagros que habían ocurrido en la niñez de Jesús (como el que tuvo lugar respecto de los Magos y algunos otros) se habían verificado mucho tiempo antes, y San Juan era demasiado niño. De modo que, aun cuando existía entre los hombres, era desconocido de todos. Por lo que añadió: “Sino para que se manifieste en Israel”, etc. De aquí se deduce que aquellos milagros que algunos dicen haber hecho Jesús en su niñez, son mentiras y ficciones³. Porque si Jesús hubiera hecho milagros desde su primera edad, nadie lo hubiese desconocido, ni aun el Bautista, ni las gentes hubiesen necesitado de maestro que se lo hubiese manifestado. Y no era Jesucristo quien necesitaba de bautismo, ni había otra razón alguna para aquella purificación que la de demostrar la fe que existe en Cristo. Y no dijo: para limpiar yo a los que se bautizan, ni he venido bautizando para librar de los pecados, sino: “para que sea manifestado en Israel”. Pero ¿acaso no podía predicar sin necesidad de bautismo, y llevar la muchedumbre al fin que se proponía? Claramente que sí, pero esto lo facilitaba mucho, porque nunca hubiesen concurrido todos si la predicación se hubiera hecho sin bautismo.

San Agustín, in *Ioannem, tract.* 5

Cuando el Señor fue conocido, en vano se le preparaba camino, porque El mismo se ofrece como camino a los que le conocen. Y así no duró por mucho tiempo el bautismo de San Juan sino hasta que se dio a conocer el Dios de la humildad. Y, además, para darnos ejemplo de esta virtud y enseñarnos a obtener la salvación por medio del bautismo, recibió Él el bautismo del siervo. Y para que no fuese preferido el bautismo del siervo al bautismo del Señor, fueron bautizados otros con el mismo bautismo del siervo. Mas los que fueron bautizados con el bautismo del siervo, convenía también que fuesen bautizados con el bautismo del Señor. Porque los que son bautizados con el bautismo del Señor no necesitan del bautismo del siervo.

Crisóstomo, in *Ioannem, hom.* 16

² Pablo de Samosata enseñó la existencia de un único Dios que se manifestaba de tres modos distintos. No hay, pues, una realidad tripersonal, sino una trinidad nominal. Jesús era un hombre extraordinario, pero no era el Verbo, sino que la parte superior de su ser estaba dirigida por la divinidad.

³ Se alude aquí también a los llamados “evangelios apócrifos”, y de entre ellos a aquellos que se refieren a la infancia de Jesús.

San Juan había dicho cosas grandes del Salvador, lo que era muy suficiente para que se asombrasen cuantos oían (como aquello de que El solo podría quitar todos los pecados del mundo entero). Queriendo hacer esto más creíble, lo refería a Dios y al Espíritu Santo. Y como alguno podría preguntar a San Juan, ¿cómo has conocido tú a éste?, le responde que por la venida del Espíritu Santo. Por esto sigue: “Y Juan dio testimonio: diciendo que vi el Espíritu que descendía”.

San Agustín, *De Trin.*, 15, 27

No fue ungido Jesucristo por el Espíritu Santo cuando bajó sobre El en forma de paloma después de bautizado, porque entonces se dignó prefigurar su cuerpo, esto es, su Iglesia, en la que especialmente los bautizados reciben el Espíritu Santo. Y es muy absurdo el creer que, teniendo ya treinta años (cuya edad tenía cuando fue bautizado por San Juan), recibiese el Espíritu Santo, y que éste viniese sobre El sin pecado, como sin pecado había recibido el bautismo. Y si bien es verdad que se ha escrito de su siervo y precursor: “que éste sería lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre” (Lc 1, 15), y éste que había sido engendrado por padre humano había recibido ya el Espíritu Santo al ser concebido en el vientre de su Madre, ¿qué deberá entenderse y creerse de Jesucristo en cuanto hombre, cuya concepción, aunque se verificó en la carne, no fue carnal, sino espiritual?

San Agustín, *De Agone christiano*, cap. 22

Y no decimos con esto que Jesucristo tuviera únicamente verdadero cuerpo ni que el Espíritu Santo se dejase ver de los hombres de una manera engañosa. Porque así como no convenía que el Hijo de Dios engañase a los hombres, así tampoco debía engañarlos el Espíritu Santo. Pero no era difícil a la omnipotencia de Dios, que había sacado todo el universo de la nada, hacer que un verdadero cuerpo de paloma apareciese en realidad sin el concurso natural de otros animales de la misma especie, así como tampoco le había sido difícil formar un verdadero cuerpo en las entrañas de la Virgen, sin la cooperación del hombre.

San Agustín, *in Ioannem, tract. 6, sparsim*

De dos maneras visibles manifiesta el Señor al Espíritu Santo: por medio de la figura de una paloma, cuando baja sobre el Salvador después de bautizado, y por medio de fuego, cuando baja sobre los apóstoles el día que se encontraban reunidos. En el primer caso se nos representa la sencillez; en el segundo, el fervor. Por lo tanto, para que no sean engañados los que reciben la santificación, se les manifiesta por medio de una paloma, y para que la sencillez no permanezca fría se demuestra por medio del fuego. Y no llame la atención que las lenguas estuviesen separadas. No queramos temer la disipación, y conozcamos la unidad en la paloma. Y así debía darse a conocer el Espíritu Santo cuando venía sobre el Señor, con el fin de que cada uno comprenda que cuando tiene el Espíritu Santo, debe ser sencillo como la paloma y tener con sus hermanos verdadera paz, significada por las caricias que se hacen las palomas. También se acarician los cuervos, pero se pican, mas la picada de las palomas es inocente por naturaleza; además, los cuervos se alimentan de carne muerta, y la paloma no tiene esta propiedad, sino que se alimenta de las semillas de la tierra. Y si bien es verdad que las palomas parece que lloran cuando están en amores, no debe llamar la atención que el Espíritu Santo quiera darse a conocer en forma de paloma, porque El intercede por nosotros con gemidos inexplicables (Rm 8, 26). Mas el Espíritu Santo no gime en sí mismo, sino en nosotros, porque nos hace gemir. El que conoce que vive bajo la presión de esta mortalidad terrena, y que está errante lejos de Dios, en tanto que gime por esto, gime bien, porque el Espíritu Santo le enseñó a gemir. Mas hay muchos que gimen por el bienestar de la tierra, o por verse abrumados de daños, o por enfermedad corporal, o por otra cosa parecida; en este caso no gimen con el gemido de la paloma. ¿De qué otra manera iba a representarse el Espíritu Santo para significar la unidad, sino

por la paloma (Ct 6, 8)? De esta manera podría decir a su Iglesia una vez formada: mi paloma es una sola. ¿Y cómo debió figurar la humildad sino por la ave sencilla y que gime? Allí apareció toda la Beatísima Trinidad. El Padre en la voz que decía: “Tú eres mi Hijo muy amado” (Lc 3, 22), el Espíritu Santo en la forma de paloma. Y en esta Trinidad fueron enviados los Apóstoles a bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 19).

San Gregorio, *Moralium*, 2, 41

Y dice que descansó sobre El, porque el Espíritu Santo viene sobre todos los fieles. Pero permanece siempre de una manera especial únicamente sobre nuestro mediador, porque el Espíritu Santo nunca se separa de la humanidad de Jesucristo, de cuya divinidad procede. Mas como dice a sus discípulos respecto del mismo Espíritu Santo: “Con vosotros permanecerá” (Jn 14, 17), ¿cómo es que permanece sobre Jesucristo como una figura especial? Esto lo comprenderemos más rápido si conocemos los dones del Espíritu Santo. Porque Este permanece siempre en sus escogidos por medio de sus dones: la mansedumbre, la humildad, la fe, la esperanza y la caridad, sin los cuales no puede llegarse a la vida eterna. Mas en aquellos en quienes a través de la manifestación del Espíritu no se guarda nuestra vida, sino que se va detrás de otros asuntos, no siempre permanece, sino que algunas veces deja de manifestar sus signos para que sus virtudes sean tomadas con mayor humildad. Mas Jesucristo siempre le tuvo presente en todas las ocasiones.

Crisóstomo, *in Ioannem*, hom. 16

Y para que no se crea que Jesucristo necesitó que viniese el Espíritu Santo, como nos sucede a nosotros, destruye también esta sospecha, dando a conocer que la venida del Espíritu Santo únicamente tiene por objeto la manifestación de Jesucristo. Por esto sigue: “Y yo no le conocía; mas Aquél que me envió a bautizar con agua, me dijo: sobre Aquél que tú vieres descender el Espíritu Santo, y reposar sobre El, Este es, etc.”.

San Agustín, *in Ioannem*, tract. 5

¿Y quién envió a San Juan? Si decimos que el Padre, no mentimos, lo mismo que si decimos que el Hijo. Pero es mejor decir que el Padre y el Hijo. ¿Y cómo decía entonces que no conocía a Aquél que le había enviado? Y si aún no conocía a Aquél por quien quiso ser bautizado, dijo temerariamente: “Yo debo ser bautizado por ti”. Por tanto lo conocía. ¿Y entonces por qué dice: “yo no le conocía”?

Crisóstomo, *ut sup*

Pero cuando dice: “no le conocía”, se refiere a un tiempo anterior y no al tiempo que estaba cerca del bautismo cuando no quería bautizarle, diciendo: “Yo debo ser bautizado por ti”.

San Agustín, *in Ioannem*, tract. 4, 5 et 6, *sparsim*

Léanse los otros evangelistas, que dijeron esto con más claridad, y encontraremos terminantemente que bajó la paloma cuando el Salvador salía del bautismo. Por tanto, si la paloma bajó después del bautismo y antes de él dijo San Juan al Señor: “Yo debo ser bautizado por ti”, entonces le conocía antes del bautismo. Y ¿cómo dice ahora: “yo no le conocía, mas Aquél que me envió a bautizar me dijo: sobre Aquél que tú vieres descender el Espíritu”, etc.? ¿Oyó San Juan esto para conocer a aquél a quien no conocía? Había conocido, en verdad, que el Señor era el Hijo de Dios, y él sabía que El bautizaba en el Espíritu Santo. Y antes de que Jesucristo viniese al río, estando muchos alrededor de San Juan, les dijo: “El que ha de venir en pos de mí es mayor que yo: Él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego”. Pero qué, ¿no conocía que el poder de bautizar lo tenía el Señor y que se lo habría de retener? (No fuera que San Pablo o San Pedro dijese: mi bautismo,

como encontramos que dijo San Pablo: mi Evangelio.) Pero igualmente se trataba de conceder, a los buenos y a los malos, la administración de este sacramento. ¿Qué daño te puede hacer un mal ministro, cuando el Señor es bueno? He aquí que fue bautizado por Juan, pero ¿acaso no podría haber sido bautizado por un homicida? Pues San Juan dio su bautismo, pero homicidas han dado el bautismo de Cristo, cuyo sacramento es tan santo que no puede mancharse aun cuando sea administrado por un homicida. Pudo también el Señor (si hubiera querido) conceder su potestad a algún siervo suyo para que hiciera sus veces, de tal modo que le diese igual eficacia a la facultad de bautizar delegada al siervo, que no se distinguiese del administrado por el mismo Señor. Pero no quiso esto, para que en Él se conservase la esperanza de los bautizados, que debían conocer por quién eran bautizados. Y no quiso poner esta esperanza de un siervo en otro siervo. Y si hubiese concedido este poder a sus siervos, habría tantos bautismos cuantos siervos. Y así como se ha dicho: el bautismo de San Juan, así se diría también: el de Pedro o el de Pablo. Mas por esta potestad, que sólo se reservó Jesucristo, se conserva la unidad de la Iglesia, de la que se ha dicho: “Mi paloma es una sola” (Ct 6, 8). Puede también suceder, que alguno tenga un bautismo distinto del de la paloma, pero no puede aprovechar a nadie otro más que el de la paloma.

Crisóstomo, *ut sup*

Y como el Padre dejó oír su voz dando a conocer al Hijo, vino el Espíritu Santo emitiendo su voz sobre la cabeza de Jesucristo, no fuese que alguno de los presentes creyese que se hablaba de San Juan lo que se decía de Jesucristo. Pero dirá alguno: ¿Y cómo no creyeron los judíos si vieron al Espíritu Santo? Porque estos portentos no requieren únicamente ser vistos con los ojos de la carne, sino que además deben contemplarse con los ojos del alma. Porque si vieron que hacía tantos milagros, y se mantenían como ebrios por la envidia diciendo lo contrario de lo que veían, ¿cómo hubiesen dejado y abandonado su incredulidad por sólo la venida o la aparición del Espíritu Santo? Pero algunos dicen que no todos vieron al Espíritu Santo sino únicamente San Juan y aquellos que estaban mejor dispuestos. Pero aunque era posible ver, con los ojos de la carne, bajar al Espíritu Santo en forma de paloma, no fue necesario que esto lo vieran todos. Porque el profeta Zacarías vio muchas cosas, en figura sensible. Lo mismo Daniel y Ezequiel. Además, Moisés vio también muchas cosas que ninguno de los que estaban con él había visto. Por esto añade San Juan: “Y yo lo oí, y di testimonio que Este es el Hijo de Dios”. Lo había llamado Cordero y había dicho que debía bautizar en Espíritu, pero nunca le había llamado Hijo antes de este momento.

San Agustín, *in Ioannem, tract. 7*

Convenía, pues, que bautizase Aquél que es el Hijo Unigénito de Dios y no es adoptado. Los hijos adoptados ejercen de ministros para con el Hijo Único. De aquí que el Único tiene *potestad*; los adoptados tienen *ministerio*.

FRANCISCO – Ángelus 2014

Jesús vino al mundo para liberarlo de la esclavitud del pecado

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Con la fiesta del Bautismo del Señor, celebrada el domingo pasado, hemos entrado en el tiempo litúrgico llamado “ordinario”. En este segundo domingo, el Evangelio nos presenta la escena del encuentro entre Jesús y Juan el Bautista, a orillas del río Jordán. Quien lo relata es el testigo ocular, Juan evangelista, quien antes de ser discípulo de Jesús era discípulo del Bautista, junto a su hermano Santiago, con Simón y Andrés, todos de Galilea, todos pescadores. El Bautista, por lo tanto,

ve a Jesús que avanza entre la multitud e, inspirado desde lo alto, reconoce en Él al enviado de Dios, por ello lo indica con estas palabras: “Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29).

El verbo que se traduce con “quita” significa literalmente “aliviar”, “tomar sobre sí”. Jesús vino al mundo con una misión precisa: liberarlo de la esclavitud del pecado, cargando sobre sí las culpas de la humanidad. ¿De qué modo? Amando. No hay otro modo de vencer el mal y el pecado si no es con el amor que impulsa al don de la propia vida por los demás. En el testimonio de Juan el Bautista, Jesús tiene los rasgos del Siervo del Señor, que “soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores” (Is 53, 4), hasta morir en la cruz. Él es el verdadero cordero pascual, que se sumerge en el río de nuestro pecado, para purificarnos.

El Bautista ve ante sí a un hombre que hace la fila con los pecadores para hacerse bautizar, incluso sin tener necesidad. Un hombre que Dios mandó al mundo como cordero inmolado. En el Nuevo Testamento el término “cordero” se le encuentra en más de una ocasión, y siempre en relación a Jesús. Esta imagen del cordero podría asombrar. En efecto, un animal que no se caracteriza ciertamente por su fuerza y robustez si carga en sus propios hombros un peso tan inaguantable. La masa enorme del mal es quitada y llevada por una creatura débil y frágil, símbolo de obediencia, docilidad y amor indefenso, que llega hasta el sacrificio de sí mismo. El cordero no es un dominador, sino que es dócil; no es agresivo, sino pacífico; no muestra las garras o los dientes ante cualquier ataque, sino que soporta y es dócil. Y así es Jesús. Así es Jesús, como un cordero.

¿Qué significa para la Iglesia, para nosotros, hoy, ser discípulos de Jesús Cordero de Dios? Significa poner en el sitio de la malicia, la inocencia; en el lugar de la fuerza, el amor; en el lugar de la soberbia, la humildad; en el lugar del prestigio, el servicio. Es un buen trabajo. Nosotros, cristianos, debemos hacer esto: poner en el lugar de la malicia, la inocencia, en el lugar de la fuerza, el amor, en el lugar de la soberbia, la humildad, en el lugar del prestigio el servicio. Ser discípulos del Cordero no significa vivir como una “ciudadela asediada”, sino como una ciudad ubicada en el monte, abierta, acogedora y solidaria. Quiere decir no asumir actitudes de cerrazón, sino proponer el Evangelio a todos, testimoniando con nuestra vida que seguir a Jesús nos hace más libres y más alegres.

BENEDICTO XVI – Jesús de Nazaret I, 1

La universalidad de la misión de Jesús

El bautismo de Jesús se entiende así como compendio de toda la historia, en el que se retoma el pasado y se anticipa el futuro: el ingreso en los pecados de los demás es el descenso al “infierno”, no sólo como espectador, como ocurre en Dante, sino compadeciendo y, con un sufrimiento transformador, convirtiendo los infiernos, abriendo y derribando las puertas del abismo. Es el descenso a la casa del mal, la lucha con el poderoso que tiene prisionero al hombre (y ¡cómo es cierto que todos somos prisioneros de los poderes sin nombre que nos manipulan!). Este poderoso, invencible con las meras fuerzas de la historia universal, es vencido y subyugado por el más poderoso que, siendo de la misma naturaleza de Dios, puede asumir toda la culpa del mundo sufriendola hasta el fondo, sin dejar nada al descender en la identidad de quienes han caído. Esta lucha es la “vuelta” del ser, que produce una nueva calidad del ser, prepara un nuevo cielo y una nueva tierra. El sacramento –el Bautismo– aparece así como una participación en la lucha transformadora del mundo emprendida por Jesús en el cambio de vida que se ha producido en su descenso y ascenso.

Con esta interpretación y asimilación eclesial del bautismo de Jesús, ¿nos hemos alejado demasiado de la Biblia? Conviene escuchar en este contexto el cuarto Evangelio, según el cual Juan el Bautista, al ver a Jesús, pronunció estas palabras: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29). Mucho se ha hablado sobre estas palabras, que en la liturgia romana se pronuncian antes de comulgar. ¿Qué significa “cordero de Dios”? ¿Cómo es que se denomina a Jesús “cordero” y cómo quita este “cordero” los pecados del mundo, los vence hasta dejarlos sin sustancia ni realidad?

Joachim Jeremias ha aportado elementos decisivos para entender correctamente esta palabra y poder considerarla –también desde el punto de vista histórico– como verdadera palabra del Bautista. En primer lugar, se puede reconocer en ella dos alusiones veterotestamentarias. El canto del siervo de Dios en Is 53, 7 compara al siervo que sufre con un cordero al que se lleva al matadero: “Como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca”. Más importante aún es que Jesús fue crucificado durante una fiesta de Pascua y debía aparecer por tanto como el verdadero cordero pascual, en el que se cumplía lo que había significado el cordero pascual en la salida de Egipto: liberación de la tiranía mortal de Egipto y vía libre para el éxodo, el camino hacia la libertad de la promesa. A partir de la Pascua, el simbolismo del cordero ha sido fundamental para entender a Cristo. Lo encontramos en Pablo (cf. 1Co 5, 7), en Juan (cf. Jn 19, 36), en la Primera Carta de Pedro (cf. 1P 1, 19) y en el Apocalipsis (cf. por ejemplo, Ap 5, 6).

Jeremías llama también la atención sobre el hecho de que la palabra hebrea taljá’ significa tanto “cordero” como “mozo”, “siervo”. Así, las palabras del Bautista pueden haber hecho referencia ante todo al siervo de Dios que, con sus penitencias vicarias, “carga” con los pecados del mundo; pero en ellas también se le podría reconocer como el verdadero cordero pascual, que con su expiación borra los pecados del mundo. “Paciente como un cordero ofrecido en sacrificio, el Salvador se ha encaminado hacia la muerte por nosotros en la cruz; con la fuerza expiatoria de su muerte inocente ha borrado la culpa de toda la humanidad”. Si en las penurias de la opresión egipcia la sangre del cordero pascual había sido decisiva para la liberación de Israel, Él, el Hijo que se ha hecho siervo –el pastor que se ha convertido en cordero– se ha hecho garantía ya no sólo para Israel, sino para la liberación del “mundo”, para toda la humanidad.

Con ello se introduce el gran tema de la universalidad de la misión de Jesús. Israel no existe sólo para sí mismo: su elección es el camino por el que Dios quiere llegar a todos. Encontraremos repetidamente el tema de la universalidad como verdadero centro de la misión de Jesús. Aparece ya al comienzo del camino de Jesús, en el cuarto Evangelio, con la frase del cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

La expresión “cordero de Dios” interpreta, si podemos decirlo así, la teología de la cruz que hay en el bautismo de Jesús, de su descenso a las profundidades de la muerte. Los cuatro Evangelios indican, aunque de formas diversas, que al salir Jesús de las aguas el cielo se “rasgó” (Mc), se “abrió” (Mt y Lc), que el espíritu bajó sobre Él “como una paloma” y que se oyó una voz del cielo que, según Marcos y Lucas, se dirige a Jesús: “Tú eres...”, y según Mateo, dijo de él: “Este es mi hijo, el amado, mi predilecto” (Mt 3, 17). La imagen de la paloma puede recordar al Espíritu que aleteaba sobre las aguas del que habla el relato de la creación (cf. Gn 1, 2); mediante la partícula “como” (como una paloma) ésta funciona como “imagen de lo que en sustancia no se puede describir...”. Por lo que se refiere a la “voz”, la volveremos a encontrar con ocasión de la transfiguración de Jesús, cuando se añade sin embargo el imperativo: “Escuchadle”.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Jesús, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo

Dios tiene la iniciativa del amor redentor universal

604. Al entregar a su Hijo por nuestros pecados, Dios manifiesta que su designio sobre nosotros es un designio de amor benevolente que precede a todo mérito por nuestra parte: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10; cf. 4, 19). “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm 5, 8).

605. Jesús ha recordado al final de la parábola de la oveja perdida que este amor es sin excepción: “De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno de estos pequeños” (Mt 18, 14). Afirma “dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20, 28); este último término no es restrictivo: opone el conjunto de la humanidad a la única persona del Redentor que se entrega para salvarla (cf. Rm 5, 18-19). La Iglesia, siguiendo a los Apóstoles (cf. 2 Co 5, 15; 1 Jn 2, 2), enseña que Cristo ha muerto por todos los hombres sin excepción: “no hay, ni hubo ni habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo” (Cc Quiercy en el año 853: DS 624).

III. CRISTO SE OFRECIO A SU PADRE POR NUESTROS PECADOS

Toda la vida de Cristo es ofrenda al Padre

606. El Hijo de Dios “bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la del Padre que le ha enviado” (Jn 6, 38), “al entrar en este mundo, dice: ... He aquí que vengo ... para hacer, oh Dios, tu voluntad ... En virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo” (Hb 10, 5-10). Desde el primer instante de su Encarnación el Hijo acepta el designio divino de salvación en su misión redentora: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra” (Jn 4, 34). El sacrificio de Jesús “por los pecados del mundo entero” (1 Jn 2, 2), es la expresión de su comunión de amor con el Padre: “El Padre me ama porque doy mi vida” (Jn 10, 17). “El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado” (Jn 14, 31).

607. Este deseo de aceptar el designio de amor redentor de su Padre anima toda la vida de Jesús (cf. Lc 12,50; 22, 15; Mt 16, 21-23) porque su Pasión redentora es la razón de ser de su Encarnación: “¡Padre líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!” (Jn 12, 27). “El cáliz que me ha dado el Padre ¿no lo voy a beber?” (Jn 18, 11). Y todavía en la cruz antes de que “todo esté cumplido” (Jn 19, 30), dice: “Tengo sed” (Jn 19, 28).

“El cordero que quita el pecado del mundo”

608. Juan Bautista, después de haber aceptado bautizarle en compañía de los pecadores (cf. Lc 3, 21; Mt 3, 14-15), vio y señaló a Jesús como el “Cordero de Dios que quita los pecados del mundo” (Jn 1, 29; cf. Jn 1, 36). Manifestó así que Jesús es a la vez el Siervo doliente que se deja llevar en silencio al matadero (Is 53, 7; cf. Jr 11, 19) y carga con el pecado de las multitudes (cf. Is 53, 12) y el cordero pascual símbolo de la Redención de Israel cuando celebró la primera Pascua (Ex 12, 3-14; cf. Jn 19, 36; 1 Co 5, 7). Toda la vida de Cristo expresa su misión: “Servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10, 45).

Jesús acepta libremente el amor redentor del Padre

609. Jesús, al aceptar en su corazón humano el amor del Padre hacia los hombres, “los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1) porque “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15, 13). Tanto en el sufrimiento como en la muerte, su humanidad se hizo el instrumento libre y perfecto de su amor divino que quiere la salvación de los hombres (cf. Hb 2, 10. 17-18; 4, 15; 5, 7-9). En efecto, aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que el Padre quiere salvar: “Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente” (Jn 10, 18). De aquí la soberana libertad del Hijo de Dios cuando él mismo se encamina hacia la muerte (cf. Jn 18, 4-6; Mt 26, 53).

I. LA MISION CONJUNTA DEL HIJO Y DEL ESPIRITU

689. Aquel al que el Padre ha enviado a nuestros corazones, el Espíritu de su Hijo (cf. Ga 4, 6) es realmente Dios. Consustancial con el Padre y el Hijo, es inseparable de ellos, tanto en la vida íntima de la Trinidad como en su don de amor para el mundo. Pero al adorar a la Santísima Trinidad vivificante, consustancial e indivisible, la fe de la Iglesia profesa también la distinción de las Personas. Cuando el Padre envía su Verbo, envía también su aliento: misión conjunta en la que el Hijo y el Espíritu Santo son distintos pero inseparables. Sin ninguna duda, Cristo es quien se manifiesta, Imagen visible de Dios invisible, pero es el Espíritu Santo quien lo revela.

690. Jesús es Cristo, “ungido”, porque el Espíritu es su Unción y todo lo que sucede a partir de la Encarnación mana de esta plenitud (cf. Jn 3, 34). Cuando por fin Cristo es glorificado (Jn 7, 39), puede a su vez, de junto al Padre, enviar el Espíritu a los que creen en él: Él les comunica su Gloria (cf. Jn 17, 22), es decir, el Espíritu Santo que lo glorifica (cf. Jn 16, 14). La misión conjunta se desplegará desde entonces en los hijos adoptados por el Padre en el Cuerpo de su Hijo: la misión del Espíritu de adopción será unirlos a Cristo y hacerles vivir en él:

La noción de la unción sugiere ...que no hay ninguna distancia entre el Hijo y el Espíritu. En efecto, de la misma manera que entre la superficie del cuerpo y la unción del aceite ni la razón ni los sentidos conocen ningún intermediario, así es inmediato el contacto del Hijo con el Espíritu... de tal modo que quien va a tener contacto con el Hijo por la fe tiene que tener antes contacto necesariamente con el óleo. En efecto, no hay parte alguna que esté desnuda del Espíritu Santo. Por eso es por lo que la confesión del Señorío del Hijo se hace en el Espíritu Santo por aquellos que la aceptan, viniendo el Espíritu desde todas partes delante de los que se acercan por la fe (San Gregorio Niceno, Spir. 3, 1).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

¡Este es el cordero de Dios!

En el Evangelio de este segundo Domingo del así llamado Tiempo Ordinario escuchamos a Juan el Bautista, quien, presentando a Jesús al mundo, exclama:

«Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».

El cordero en la Biblia como en otras culturas (piénsese, por ejemplo, en la fábula clásica del lobo y del cordero, que beben en un riachuelo) es el símbolo del ser inocente, que no puede hacer mal a nadie sino sólo recibido. Permaneciendo con este simbolismo, la primera lectura de Pedro llama a Cristo el «cordero sin tacha y sin mancilla», que, «al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia» (1 Pedro 2, 23). Jesús, en otras palabras, es por excelencia el Inocente, que sufre.

Se ha escrito que el dolor de los inocentes «es la roca del ateísmo». Esto es, verdaderamente es «el hueso duro» de toda religión. En la novela *Los hermanos Karamazov* de Dostoevskij, el rebelde Iván exclama: «Si también el sufrimiento inocente debiera servir para construir una humanidad mejor, ¿pueden los hombres aceptar una felicidad construida sobre sangre inocente? No estoy con ello. ¡Les devuelvo el billete!»

Después de Auschwitz, el problema se ha planteado de una manera aún más penetrante. Son innumerables los libros y dramas escritos en torno a este tema. Parece como estar en un proceso y escuchar la voz del juez, que ordena levantarse al imputado. El imputado en este caso es Dios, la fe.

La fe, ¿qué tiene que responder a todo esto? Ante todo, es necesario que nos pongamos todos, creyentes y no creyentes, en una actitud de humildad, porque si la fe no está en disposición de «explicar» el dolor aún lo está menos la razón. El dolor de los inocentes es algo demasiado puro y misterioso para poderlo encerrar dentro de nuestras pobres «explicaciones». De la historia de Job yo he aprendido una cosa: no querer hacer o representar la parte de los «amigos» de Job, los que pretenden saberlo todo sobre el sufrimiento y sobre el castigo, y quieren hacerse a toda costa como los defensores de oficio de Dios. Al final, aparece Dios mismo en aquella historia ¿y qué dice? Le da la razón a Job, que le ha importunado con los «¿por qué?, ¿por qué?» (Job 7, 20ss.) hasta casi la rebeldía, y ¡les quita la razón a los que (sin haber pasado a través del sufrimiento) han hablado en su defensa!

Jesús, que de explicaciones a dar tenía muchas más que nosotros, ante el dolor de la viuda de Naím y de las hermanas de Lázaro, no supo hacer nada mejor que emocionarse y llorar (cfr. Lucas 7, 11ss.; Juan 11).

Yo quisiera, sin embargo, poner por delante una observación. ¿Quién lleva el dolor de los inocentes lejos de Dios?, ¿quién lo sufre sobre su piel?, o ¿quién sólo escribe novelas y frases en una pequeña mesa sobre él? Me parece ejemplar el caso de Anna Frank. A esta jovencita hebrea, escondida para huir de los nazis durante dos años en una buhardilla, le bastaba un pequeño trozo de cielo, contemplado desde una pequeña ventana, o el retorno de la primavera, para cantar himnos a la vida ya Dios. Entre los que han escrito sobre ella en el calor de casas reconstruidas ha habido quien ha encontrado en su caso un «obstáculo insuperable» para creer en Dios. No es la incapacidad de explicar el dolor lo que hace perder la fe sino más bien es la pérdida de la fe la que hace inexplicable el dolor.

La respuesta cristiana al problema del dolor inocente está confinada en un nombre: ¡Jesucristo! Ante la palabra de Iván, el hermano menor de Karamazov, Alioscia responde: «Tú has dicho: «¿Hay en el mundo entero un solo Ser, que pueda perdonar, y que tenga derecho a ello?» Pues bien, este Ser existe, y Él puede perdonarlo todo y a todos y por cuenta de todos, porque Él mismo ha dado su sangre inocente por todos y para todos».

Jesús no ha venido a darnos doctas explicaciones sobre el dolor, sino que ha venido a asumirlo silenciosamente sobre sí. Tomándolo sobre sí, sin embargo, lo ha cambiado desde su interior: de signo de maldición lo ha hecho instrumento de redención.

Más aún: lo ha hecho el supremo valor, el orden de nobleza más alto en este mundo. Después del pecado, la verdadera grandeza de una criatura humana se mide por el hecho de llevar sobre sí el mínimo posible de culpa y el máximo posible de pena del mismo pecado. Esto es, no cometer el mal y aún aceptar cargar con los resultados de él. En consecuencia, no está tanto ni en una ni en la otra cosa, aceptadas separadamente (esto es, o en la inocencia o en el sufrimiento), cuanto en la presencia

a la vez de las dos cosas en la misma persona. Éste es un tipo de sufrimiento que nos acerca a Dios. Sólo Dios, en efecto, sufre y sufre en sentido absoluto como inocente.

En el vértice de esta nueva escala de nobleza está Jesús de Nazaret, «cordero sin tacha y sin mancilla» (1 Pedro 1, 19), porque, sin haber cometido ninguna culpa, él ha llevado sobre sí la pena de todas las culpas. «Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados» (Isaías 53, 5ss.). Lo que a los ojos del mundo es el mayor escándalo (el dolor de los inocentes) es ante Dios la perla más preciosa del mundo. Es «la sal de la tierra» (Mateo 5, 13) lo que rescata a este nuestro mundo delirante de tantas maldades y compromisos.

Jesús, sin embargo, no ha dado sólo un sentido al dolor inocente, le ha conferido igualmente un poder nuevo, una misteriosa fecundidad. Todo el dolor inocente de cualquier modo ya «hace masa» con el de Cristo, lo «completa» (así nos empuja a decirlo san Pablo) y recibe de él la capacidad de engendrar esperanza y vida en tomo a él. «Sufrir, ha escrito Juan Pablo II en su carta sobre el “Dolor que salva”, significa llegar a ser particularmente sensibles en la obra de las fuerzas salvíficas de Dios ofrecidas a la humanidad en Cristo».

A propósito del dolor inocente, la fe nos invita, por lo tanto, a no pararnos tanto en sus causas, en el «porqué» se sufre, cuanto en sus efectos: qué nace de tal sufrimiento. Un día, presentándole a un muchacho ciego de nacimiento, algunos expusieron a Jesús:

«“Rabbí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?” Respondió Jesús: “Ni él pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios”» (Juan 9, 2-3).

Cuántas veces también nosotros nos preguntamos: «¿qué mal he hecho yo para que Dios me castigue así?», como si el dolor fuese un castigo o una maldición y no, por el contrario, como nos dice san Pablo: «Si hemos muerto con él, también viviremos con él; si nos mantenemos firmes, también reinaremos con él» (2 Timoteo 2, 11-12); esto es, es «una participación en los sufrimientos de Cristo» (Romanos 8, 17), que permite anunciarnos a nosotros también la gloria y la alegría de la resurrección.

Decía yo que, para no perderse, no debemos mirar tanto a las causas del dolor inocente cuanto a sus efectos, a lo que surge de ello. Miremos qué surgió del sufrimiento de Cristo: la resurrección y la esperanza para todo el género humano. ¡Por él mismo, cuánta gloria! En la primera lectura de este Domingo, proféticamente Dios dice a su Cristo: «Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra». Y, después de dos mil años, sabemos que así ha sido.

Pero, miremos además a lo que sucede hoy en tomo a nosotros. ¡Cuántas energías y heroísmos suscita frecuentemente en una pareja la aceptación de un hijo minusválido, clavado al lecho durante años! ¡Cuánta solidaridad insospechada en tomo a él! ¡Cuánta capacidad de amor de otro modo desconocida!

Pero, antes de concluir, debo añadir una observación. Lo más importante, cuando se habla del dolor inocente, no es entenderlo o explicarlo; ¡es no acrecentarlo! Mucho de este dolor, en efecto, no es fruto de la fatalidad o de la naturaleza; se inicia desde nosotros, de nuestra libertad, de la voluntad de prevalecer sobre los demás o simplemente de nuestras omisiones. Jesús quería que sus discípulos fuesen en el mundo «corderos en medio de lobos» (cfr. Mateo 7,15); pero, cuántas veces sucede lo contrario y somos lobos en medio de otros lobos o, peor, lobos en medio de corderos.

¡La prepotencia! (o sentirse más poderoso que otros). Es necesario sellar sin piedad esta tendencia que envenena las relaciones humanas más que todas, frecuentemente dentro de los mismos

muros domésticos. La fábula del lobo y del cordero, que he recordado, se propone precisamente poner al desnudo lo absurdo y lo odioso de la prepotencia. Ella no es signo de fuerza sino de debilidad. Quién está inseguro dentro de sí y lleno de complejos es más dado a rehacerse sobre los demás. Siente la necesidad de anular cualquier otra voluntad en tomo a sí. Es de igual forma signo frecuente de villanía. El prepotente acostumbra a ser fuerte con los débiles y débil con los fuertes. Si puedo permitirme una palabra a los jóvenes es ésta: sabed escoger a vuestros héroes y modelos. No emuléis a los prepotentes y no tengáis sugestión alguna por ellos: son pobrecillos, frecuentemente más enfermos que culpables.

No basta ni siquiera aumentar el dolor inocente: ¡es necesario además buscar de aliviar el que haya! Ante el espectáculo de una niña titiritando de frío, que lloraba por los mordiscos del hambre, un día, un hombre gritó a Dios en su corazón: «Oh Dios, ¿dónde estás? ¿Por qué no haces algo por aquella niña inocente?» Y Dios le respondió: «Cierto que he hecho algo por ella: ¡te he hecho a ti!»

Aprendamos bien esta respuesta y repitémosla dentro de nosotros, cuando estemos tentados de dirigirle a Dios la misma pregunta.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Apostolado

Yo he visto y he dado testimonio. Con estas sencillas palabras, que Juan Bautista pronuncia refiriéndose a su modo de actuar, queda definida a la perfección la personalidad apostólica. Fijémonos en el ejemplo del Precursor que hoy nos brinda la Liturgia. Como nosotros, fue testigo del mensaje evangélico –ese Anuncio Nuevo–: que los hombres estamos llamados, a partir de Jesucristo, a ser hijos de Dios. No se queda Juan indiferente o pasivo ante la noticia. Comprende de inmediato la trascendencia que tiene para todos, y a todos quiere hacer partícipes de lo que supone la presencia de Cristo entre los hombres.

Es inseparable del verdadero cristiano la actitud apostólica. Si el mandamiento por excelencia es la caridad, el amor a los hermanos como manifestación más notoria de amor a Dios, parece claro que los queremos de verdad sólo en la medida en que procuramos lo mejor para ellos. Y no olvidemos que es participar de la filiación divina lo que más puede engrandecernos a los hombres. Mucho más que cualquier otro talento o riqueza que podríamos desear o imaginar. Para ser hijos suyos nos creó Dios: ser buenos hijos de Dios es el único fin que consuma nuestra vida. Ser apóstoles, pues, supone algo tan elemental como procurar que los demás, nuestros iguales, reconozcan su condición de hijos Dios y quieran ser consecuentes con su filiación divina.

Aunque se trata de una tarea fácil, que no plantea apenas problemas entre gentes sencillas, como es el caso de los niños; puede no resultar tan elemental en muchos otros casos; en particular cuando el hombre ha perdido la confianza en Dios y lo considera, más que como un Padre amoroso al que debe la vida y todo lo que es y tiene, como un obstáculo para la propia autonomía, o incluso un rival de la libertad personal. A veces, en efecto, hay quien considera a Dios como una complicación incómoda, que lamentablemente existe, y que dificulta más aún la vida de los hombres, ya de suyo difícil.

¿Cómo es Dios para los hombres? Se hace necesario asegurar nuestra fe en la Revelación que hemos recibido de Jesucristo, pues, **nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelar**lo. Jesucristo, Hijo único del Padre, nos ha revelado que **Dios es Amor**, como dice san Juan, el apóstol amado. Pensemos, por ejemplo, en la conocida parábola del “hijo pródigo”, en la

que estamos representados –en aquel hombre que se marcha de la casa paterna y malgasta su herencia– los pecadores de todos los tiempos; y Dios, en aquel Padre que perdona, que espera cada día la vuelta del hijo, dispuesto a restituirle su favor apenas regrese arrepentido. No en vano se ha llamado también a ésta, la parábola del “padre misericordioso”.

Sin duda, que muchos de nuestros iguales, seguros de sí mismos y, sin embargo, tristes; porque, habiendo sido creados para Dios lo desconocen y –como declaró san Agustín– no hallarán descanso sino en Él; esperan sin saberlo que les contemos la experiencia nuestra: que, más de una vez, hicimos de “hijo pródigo” y que hemos experimentado siempre el amor de Dios como la riqueza mayor que se puede pensar. En cada ocasión –cada vez que animamos a otro a “volver”– se cumplen las palabras con las que concluye Santiago su carta a una joven comunidad de fieles: **si alguno de vosotros se desvía de la verdad y otro le convierte, sepa que quien convierte a un pecador de su extravío, salvará su alma de la muerte y cubrirá sus muchos pecados.**

Si amamos a Dios de verdad nos dolerá –también por ellos– que otros le ofendan, aunque no sepan que lo hacen. En todo caso, queremos que muchos más le amen para que crezca más y más su gloria en el mundo. Pidamos al Señor la luz de la fe, también con nuestra mortificación, para tantos que le buscan sin saberlo, porque intentan alcanzar la felicidad plena, pero donde no está: fuera de Dios. La ilusión por acercar almas a Dios es manifestación clara de rectitud en el propio camino: de que amamos a Dios como Jesucristo, que con su corazón de hombre nos quiere a todos felices junto a Dios. Con tal fuerza desea nuestro bien, que empeña su vida por nuestra eterna salvación, que es la única felicidad completa y definitiva para los hombres.

Juan Bautista habló de Jesucristo a los hombres de su tiempo para que la salvación de Dios, la vida plena de la Trinidad, se extendiera de modo más completo que con la ley de Moisés. En el tiempo nuestro, aunque ha sido ya anunciado y extendido en cierta medida el Evangelio, se hace necesaria una nueva evangelización, que recuerde a todos el ideal divino –no humano– que Cristo vino a recuperar para los hombres, el que quiso Dios otorgarnos desde el principio. En Jesucristo, como enseña San Pablo, **nos eligió antes de la constitución del mundo para que seamos santos y sin mancha en su presencia por el amor.**

La Reina de los Apóstoles, nuestra Madre del Cielo, recibió una especial luz para penetrar en el misterio de la economía salvífica en favor de los hombres, decretado por Dios desde la constitución del mundo. Nos encomendamos a Ella, para que sepamos hacer partícipes a muchos de la inmensa riqueza salvadora de Dios.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

“Este es el cordero de Dios...”

Uno de aquellos discípulos de Juan Bautista que escuchó el saludo “Este es el Cordero de Dios, este es el que quita el pecado del mundo”, y se unió a Jesús, era justamente quien escribió más tarde estas cosas para la Iglesia: Juan el evangelista, Él no se nombra, pero lo sabemos por muchos indicios, Incluso el breve relato escuchado en el Evangelio de hoy tiene el sabor de un recuerdo personal, celosamente mantenido vivo en el corazón, A distancia de tantos años, él recuerda todavía la hora exacta de su primer encuentro con Jesús a orillas del río Jordán: *Era alrededor de las cuatro de la tarde.* ¡El primer acercamiento es tan verdadero y natural! Los dos discípulos tímidamente comienzan a seguir a Jesús, quien, al darse cuenta, se vuelve y les dice: *¿Qué quieren?* Y ellos, sorprendidos y avergonzados, como sucede en tales ocasiones, salen del paso con una pregunta cualquiera, quizás la menos necesaria: *¿Dónde vives?*

Aquella primera presentación de Jesús: “Este es el Cordero de Dios...” se imprimió en la mente del evangelista, a tal punto que luego él siguió viéndolo y llamándolo así. “Cordero de Dios” se convirtió en uno de los nombres predilectos para llamar al Maestro, aquel con que se trata de penetrar con más profundidad en la personalidad y en la obra de Jesús.

Hay una parte, en realidad una gran parte del Evangelio, que está como coagulada alrededor de este título del Señor, y nosotros debemos disolverla para comprenderla y nutrirnos con ella. Si somos capaces de hacerla, hoy volveremos a casa con un fragmento vivo del Evangelio en el corazón.

¿Qué nos dice de Jesús el título “Cordero de Dios”? El Antiguo Testamento conocía dos figuras de cordero: uno verdadero y uno metafórico. El cordero real era aquel que, en la noche del éxodo, por orden de Dios, fue inmolado en Egipto, y cuya sangre liberó al pueblo de la esclavitud y lo hizo pasar a la libertad de la tierra prometida. Luego de ese hecho, cada año, en Pascua, el pueblo hebreo, familia por familia, inmolaba un cordero y después, durante la noche, lo consumía en forma comunitaria, en recuerdo de la liberación de la esclavitud en Egipto.

El cordero metafórico o figurativo era “el cordero mudo conducido a la muerte” del que había hablado el profeta Isaías en el contexto de la lección de hoy, al anunciar al siervo de Yavé que salvaría a Israel. Se dice algo nuevo de este cordero con respecto al precedente, algo que aumenta en forma desmesurada su misión: *Él fue traspasado por nuestras rebeldías y triturado por nuestras iniquidades... y por sus heridas fuimos sanados* (Is. 53, 5). Por lo tanto, ya no un cordero que rescata un solo pueblo y lo hace libre, sino un cordero que libera a todos los pueblos de la perdición, tomando sobre sí todos sus pecados.

Cuando los que lo rodeaban oyeron exclamar a Juan Bautista: “Este es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo”, comprendieron esto: que por fin había aparecido en el mundo aquel que Dios había enseñado a esperar como al liberador, el redentor de todos los hombres, aquel que está ante Dios en representación de todos y paga por todos. Al recoger ese grito al inicio de su Evangelio, Juan anticipa y preanuncia el destino final de Jesús; ya pone a todos bajo la Cruz. Aquel cordero, según la profecía, deberá ser aniquilado por nuestros pecados. Por eso, en el Calvario, en el momento de la muerte, Juan se preocupará por recordarnos una vez más que él es el Cordero de Dios. Lo hará aplicándole la prescripción del Éxodo 12, 46 (*No quiebres los huesos de la víctima*) que se refería justamente al cordero pascual, y evocando implícitamente el cordero místico de Isaías 53, *traspasado por nuestras rebeldías*.

Jesús no dejó de lado su título y sus características de Cordero ni siquiera con su muerte. Él había sido esperado, en el Antiguo Testamento, como el cordero inmaculado que debía venir (1 Ped. 1, 19); ahora, después de su resurrección, espera a la humanidad como *el Cordero sentado en el trono*. La espera y la compañía desde lo alto hasta que estén reunidos alrededor de su trono todos los signados de la tierra, es decir, todos aquellos que llevan el sello de su sangre. Así, el mismo Juan nos representa al Señor en el Apocalipsis como el Cordero *inmolado y de pie* (Apoc. 5), vale decir muerto y resucitado, que espera a la esposa para las bodas eternas: *Felices los que han sido invitados al banquete de bodas del Cordero* (Apoc. 19, 9), aquellos, entonces, que irán a reencontrarse con el Señor en los cielos nuevos; felices porque allá será secada toda lágrima, no habrá más muerte, más dolor, más llanto (Apoc. 21, 4).

La palabra de Dios nos ofrece, por lo tanto, una síntesis de nuestra fe en la cual el pasado confirma el futuro. Las promesas y las profecías antiguas fielmente realizadas en Jesús, verdadero

Cordero de Dios, se convierten en la garantía de que también la parte todavía no cumplida de sus promesas se cumplirá en forma infalible.

Pero también una demostración de vida, algo que requiere nuestra voluntad y nuestra mentalidad. Jesús es el Cordero de Dios que quita los pecados. Es decir, él salva a los pecadores. Para ser salvados por él, entonces, es necesario reconocerse y sentirse pecadores. Él no ha venido para los justos; con ellos no tiene nada que hacer. No es un complejo de culpa que debemos crearnos antes, con el fin de sentir luego el alivio del perdón, o para permitirle a Cristo que nos salve. Somos pecadores por naturaleza, por nacimiento: *Todos faltamos de muchas maneras*, dicen las Escrituras (Sant. 3, 2). Es necesario no dar vuelta la cara ante esta realidad y no huir de ella como Adán. Es necesario alzarse como el pródigo e ir al Señor para decirle: “Padre, he pecado”. Para quienes lo hagan, Jesús es el Cordero que saca los pecados; los otros, dice Juan en el Apocalipsis, conocerán solamente la *ira del Cordero* (Apoc. 6, 16). ¿Cómo puede salvar Jesús a quien cree ser siempre acreedor de Dios y de los hombres, como el fariseo del templo? Es por esto que la Iglesia hace de todo por educarnos en un sano sentimiento de la culpa, es decir, en sentirnos lo que realmente somos, pecadores. No por nada la invitación: “Hermanos, reconozcamos nuestros pecados”, constituye ahora el portal de ingreso a la Misa.

Esta tentación de no reconocerse pecadores está siempre al acecho, incluso desde la época de Adán, quien se excusa y huye antes que confesar: he pecado. Hoy se ha agregado una más letal. Se siente, se admite la culpa, pero se la llama complejo, ya no pecado, y para sacársela del alma ya no se recurre más, en ciertos ambientes, al Cordero que quita los pecados, sino al que cura el alma, al psicoanalista, que quita las inhibiciones y elimina los complejos. Por cierto, hay una función muy noble que puede desarrollar el psiquiatra y el psicoanalista con respecto a nosotros, hijos de un siglo de alma perturbada y enferma, pero no realmente la de convencer al hombre de que no tiene pecados. Si lo hace, lo engaña. *Nosotros sabemos* –si no lo sabemos, quiere decir que la fe ha desaparecido de nuestro horizonte– *que para aquella enfermedad del alma que se llama pecado hay un solo médico: Jesucristo nuestro Señor* (Ignacio de Antioquía). El murió en la Cruz para adquirir el derecho de considerarse así, para podernos perdonar siempre todo.

La Eucaristía que ahora celebramos recoge en una unidad todo lo que hemos dicho hasta aquí. Hace estar presente entre nosotros al cordero liberador del Éxodo, al cordero redentor de Isaías *traspasado por nuestras rebeldías*, al Cordero que un día Juan Bautista señaló a quienes lo rodeaban, al Cordero de la Cruz y al Cordero que nos espera en el trono. Hace presente y vivo todo esto para nosotros. He aquí por qué, en el momento de recibir la Eucaristía, saludaremos también hoy a Jesús con las palabras con las cuales, a esta misma hora, hacia el mediodía de hace tantos siglos, Juan Bautista lo presentó al mundo: “Este es el Cordero de Dios, éste es el que quita los pecados del mundo”.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia de San José, en la Vía del Triunfo (18-I-1981)

– El misterio de Dios hecho Hombre

“La gracia y la paz delante de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo” (1 Cor 1,3).

El tiempo de Navidad, que hemos vivido hace poco, ha renovado en nosotros la conciencia de que “el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1,14). Esta conciencia no nos abandona

jamás; sin embargo, en este período se hace particularmente viva y expresiva. Se convierte en el contenido de la liturgia, pero también en el contenido de la vida cristiana, familiar y social. Nos preparamos siempre para esta santa noche del nacimiento temporal de Dios mediante el Adviento, tal como lo proclama hoy el Salmo responsorial: “Yo esperaba con ansia al Señor: Él se inclinó y escuchó mi grito” (Sal 39/40,2).

Es admirable este inclinarse del Señor sobre los hombres. Haciéndose hombre, y ante todo como Niño indefenso, hace que más bien nos inclinemos sobre Él, igual que María y José, como los pastores, y luego los tres Magos de Oriente. Nos inclinamos con veneración, pero también con ternura. ¡En el nacimiento terreno de su Hijo, Dios se “adapta” al hombre tanto, que incluso se hace hombre!

Y precisamente este hecho se nos recuerda ahora, si seguimos el hilo del Salmo: nos “puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios” (Sal 39/40,4). ¡Qué candor se trasluce en nuestros cantos navideños! ¡Cómo expresan la cercanía de Dios, que se ha hecho hombre y débil niño! ¡Que jamás perdamos el sentido profundo de este misterio! Que lo mantengamos siempre vivo, tal como lo han transmitido los grandes santos.

Lo expresa también el Profeta Isaías cuando proclama hoy en la primera lectura: “Mi Dios fue mi fuerza” (Is 49,5). Y en la segunda lectura San Pablo se dirige a los Corintios –y al mismo tiempo indirectamente a nosotros– como a “los consagrados por Jesucristo, al pueblo santo que Él llamó” (1 Cor 1,2).

– Llamada a la santidad

El reciente Concilio nos ha recordado la vocación de todos a la santidad. ¡Esta es precisamente nuestra vocación en Jesucristo! Y es don esencial del nacimiento temporal de Dios. ¡Al nacer como hombre el Hijo de Dios confiesa la dignidad del ser humano, y a la vez le hace una nueva llamada, la llamada a la santidad!

¿Quién es Jesucristo?

El que nació la noche de Belén. El que fue revelado a los pastores y a los Magos de Oriente. Pero el Evangelio de este domingo nos lleva una vez más a las riberas del Jordán, donde después de 30 años de su nacimiento, Juan Bautista prepara a los hombres para su venida. Y cuando ve a Jesús, “que venía hacia él”, dice: “Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29).

Juan afirma que bautiza en el Jordán “con agua para que –Jesús de Nazaret– sea manifestado a Israel” (Jn 1,31).

Nos habituamos a las palabras: “Cordero de Dios”. Y, sin embargo, éstas son simplemente palabras maravillosas, misteriosas, palabras potentes. ¡Cómo podían comprenderlas los oyentes inmediatos de Juan, que conocían el sacrificio del cordero ligado a la noche del éxodo de Israel de la esclavitud de Egipto!

¡El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!

Los versos siguientes del Salmo responsorial de hoy explican más plenamente lo que se reveló en el Jordán y a través de las palabras de Juan Bautista, y que ya había comenzado la noche de Belén. El salmo se dirige a Dios con las palabras del Salmista, pero indirectamente nos trae de nuevo las palabras del Hijo eterno hecho hombre: “Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y en cambio me abriste el oído; no pides sacrificio expiatorio, entonces yo digo: Aquí estoy –como está escrito en mi libro– para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero” (Sal 39/40,7-9).

Así habla, con las palabras del Salmo, el Hijo de Dios hecho hombre. Juan capta la misma verdad en el Jordán, cuando señalándolo, grita: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29).

Hemos sido, pues, “santificados en Cristo Jesús”. Y estamos “llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de Jesucristo Señor nuestro” (1 Cor 1,2).

Jesucristo es el Cordero de Dios, que dice de Sí mismo: “Dios mío, quiero hacer tu voluntad, y llevo tu ley en las entrañas” (cf. Sal. 39/40, 9).

– Santidad: la alegría de hacer la voluntad de Dios

¿Qué es la santidad? Es precisamente la alegría de hacer la voluntad de Dios.

El hombre experimenta esta alegría por medio de una constante acción profunda sobre sí mismo, por medio de la fidelidad a la ley divina, a los mandamientos del Evangelio. E incluso con renunciaciones.

El hombre participa de esta alegría siempre y exclusivamente por medio de Jesucristo, Cordero de Dios. ¡Qué elocuente es que escuchemos las palabras pronunciadas por Juan en el Jordán, cuando debemos acercarnos a recibir a Cristo en nuestros corazones y en la comunión eucarística!

Viene a nosotros el que trae la alegría de hacer la voluntad de Dios. El que trae la santidad.

Escuchamos las palabras: “Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Y continuamente sentimos la llamada a la santidad.

Jesucristo nos trae la llamada a la santidad y continuamente nos da la fuerza de la santificación. Continuamente nos da “el poder de llegar a ser hijos de Dios”, como lo proclama la liturgia de hoy en el canto del Aleluya.

Esta potencia de santificación del hombre, potencia continua e inagotable, es el don del Cordero de Dios. Juan señalándolo en el Jordán, dice: “Éste es el Hijo de Dios” (Jn 1,34), “Ése es el que ha de bautizar con Espíritu Santo” (Jn 1,33), es decir, nos sumerge en ese Espíritu al que Juan vio, mientras bautizaba, “que bajaba del cielo como una paloma y se posó sobre Él” (Jn 1,32). Éste fue el signo mesiánico. En este signo, Él mismo, que está lleno de poder y de Espíritu Santo, se ha revelado como causa de nuestra santidad: el Cordero de Dios, el autor de nuestra santidad.

¡Dejemos que Él actúe en nosotros con la potencia del Espíritu Santo!

¡Dejemos que Él nos guíe por los caminos de la fe, de la esperanza, de la caridad, por el camino de la santidad!

¡Dejemos que el Espíritu Santo –Espíritu de Jesucristo– renueve la faz de la tierra a través de cada uno de nosotros!

De este modo, resuene en toda nuestra vida el canto de Navidad.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Juan ve venir al Señor lleno de sencillez y lo señala como el “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Dios es un Padre cuya paciencia con nosotros, cuyas iniciativas e ingeniosidades son infinitamente mayores que nuestras debilidades y malicias. Él perdona siempre, liberando al hombre de la suciedad interior que le agobia y apaga la alegría. El Sacramento del Perdón es un

recurso del amor de Dios que alivia la mala conciencia depositando en ella una paz que no es de este mundo.

Como el Bautista debemos dar testimonio del Hijo de Dios, un Dios que cura las heridas del alma. “Vosotros sois mis testigos” (Lc 24,48), dijo Jesús a los suyos, y ellos, junto a una cadena incontable de criaturas de todos los puntos cardinales, tras recibir por el Bautismo la fuerza del Espíritu Santo, “marcharon a predicar por todas partes” (Mc 15,20).

No debemos dispensarnos de la tarea de hacer que Jesucristo sea conocido y amado. Nadie debe vivir tranquilo si se desentiende de este deber. “Tal vez –dice S. Gregorio– no podamos socorrer al necesitado; pero el que tiene lengua dispone de un bien mayor que puede distribuir, pues vale más reanimar con el alimento de la palabra al alma que ha de vivir para siempre, que saciar con el pan terreno al cuerpo que ha de morir. Por tanto, hermanos, no neguéis al prójimo la limosna de vuestra palabra”. Pero, ¿quién me manda a mí meterme en la vida de los demás? ¿No estaré invadiendo el recinto de sus conciencias impertinentemente? ¿No son los demás! ¿Son mis familiares y amigos, con quienes deseo compartir la preocupación de poner remedio a tantos asuntos que, sin Cristo, no tienen remedio!

¡Hablar de Dios también con el testimonio de una vida cristiana coherente! Nos engañaríamos si creyéramos que ser ejemplares en medio de las realidades de cada día, empeñados en un trabajo que santifica también las realidades nobles de este mundo, sólo despierta una desdeñosa curiosidad admirativa en medio de una sociedad que valora tan solo el bienestar terreno. Este testimonio penetra en muchas almas rectas que buscan a Dios a tientas, que anhelan esa paz que el mundo no puede dar. La paz que viene del que quita los pecados del mundo, aliviando ese sentido de culpabilidad, tan

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«Llamados a ser testigos de Cristo Salvador»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 49,5-6: «Te hago luz de las naciones para que seas mi salvación»

Sal 39,2.4ab.7-8a.8b-9.10: «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad»

1Co 1,1-3: «Gracias y paz os dé Dios nuestro Padre, y Jesucristo, nuestro Señor»

Jn 1,29-34: «Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

El Bautista manifiesta que Jesucristo preexiste, que es el Hijo de Dios, el Ungido por el Espíritu, el que bautiza con el Espíritu. Proclama, sobre todo, que es «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo», clara alusión a la Pasión (4.º Poema del Siervo de Yavé: Is 52,4).

El Siervo de Yavé, al que Dios hace luz de las naciones para salvarlas, (1ª Lect.) es Jesucristo.

La Iglesia se dirige hoy «a los santificados en Cristo-Jesús, llamados a ser santos». (2ª Lect.) y nos invita a predicar, como S. Pablo, a Jesucristo y éste crucificado, que salva al hombre liberándolo del pecado.

III. SITUACIÓN HUMANA

Para anunciarle a Jesucristo al hombre de nuestros días, a quien nada dicen ni las verdades abstractas ni los sucedáneos que puedan acompañar a la vida, han de estudiarse muy a fondo las necesidades y expectativas, los ideales y carencias de esta sociedad y las exigencias de nuestro mundo.

En medio de este mundo, los cristianos hemos de presentarnos limpios de pecado, llenos de Espíritu, servidores humildes de todos, para que la salvación alcance hasta el confín de la tierra.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– La Iglesia, comunión con Jesús. La Iglesia es el sacramento de Jesucristo, por la comunicación de su Espíritu a los hombres reunidos de todos los pueblos, los constituye místicamente en su Cuerpo: “A ellos les dio parte en su misión, en su alegría y en sus sufrimientos. Jesús habla de una comunión todavía más íntima entre Él y los que le sigan: «Permaneced en mí como yo en vosotros... Yo soy la vid y vosotros los sarmientos». Anuncia una comunión misteriosa y real entre su propio cuerpo y el nuestro: «Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él» (Jn 6,56)” (789; cf 798).

La respuesta

– Cristo, Cabeza del Cuerpo de la Iglesia: “Él nos une a su Pascua: Todos los miembros tienen que esforzarse en asemejarse a él «hasta que Cristo esté formado en ellos» «Por eso somos integrados en los misterios de su vida... nos unimos a sus sufrimientos como el cuerpo a su cabeza. Sufrimos con él para ser glorificados con él» (LG 7)” (793).

– Él provee a nuestro crecimiento: «Para hacernos crecer hacia Él, nuestra Cabeza, Cristo distribuye los bienes y servicios...»: 794.

El testimonio cristiano

– “«Ay de mí si no anuncio el Evangelio» Para esto me ha enviado el mismo Cristo. Debo predicar su nombre. Jesucristo es el Mesías, el Hijo de Dios vivo.... Él como nosotros y más que nosotros fue pequeño, pobre, humillado, sujeto al trabajo, oprimido, paciente... Él instituyó el nuevo Reino en el que los pobres son bienaventurados, en el que la paz es el principio de la convivencia, en el que los limpios de corazón y los que lloran son ensalzados y consolados, en el que los que tienen hambre y sed de justicia son saciados, en el que todos somos hermanos” (Pablo VI, *Homilía en Manila*, 29.10.70).

En comunión con la Iglesia, abrazados a la Cruz de Cristo y haciéndonos entender por el mundo de hoy, hemos de proclamar, como el Bautista, que Jesucristo es el Salvador.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

El Cordero de Dios.

– **Figura y realidad de este título con el que el Bautista designa a Jesús al comienzo de su vida pública.**

I. Hemos contemplado a Jesús nacido en Belén, adorado por los pastores y por los Magos, “pero el Evangelio de este domingo nos lleva, una vez más, a las riberas del Jordán, donde, a los treinta años de su nacimiento, Juan el Bautista prepara a los hombres para su venida. Y cuando ve a

Jesús que venía hacia él, dice: *Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo* (Jn 1, 29) (...). Nos hemos habituado a las palabras *Cordero de Dios*, y, sin embargo, éstas son siempre palabras maravillosas, misteriosas, palabras poderosas⁴. ¡Qué resonancias tendrían en los oyentes que conocían el significado del cordero pascual, cuya sangre había sido derramada la noche en que los judíos fueron liberados de la esclavitud en Egipto! Además, todos los israelitas conocían bien las palabras de Isaías, que había comparado los sufrimientos del *Siervo de Yahvé*, el Mesías, con el sacrificio de un cordero⁵. El cordero pascual que cada año se sacrificaba en el Templo era a la vez el recuerdo de la liberación y del pacto que Dios había estrechado con su pueblo. Todo ello era promesa y figura del verdadero Cordero, Cristo, Víctima en el sacrificio del Calvario en favor de toda la humanidad. *Él es el verdadero Cordero que quitó el pecado del mundo, muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida*⁶. Por su parte, San Pablo dirá a los primeros cristianos de Corinto que *nuestro Cordero pascual, Cristo, ha sido inmolado*⁷, y les invita a una vida nueva, a una vida santa.

Esta expresión: “Cordero de Dios”, ha sido muy meditada y comentada por los teólogos y autores espirituales; se trata de un título “de rico contenido teológico. Es uno de esos recursos del lenguaje humano que intenta expresar una realidad plurivalente y divina. O mejor dicho, una de esas expresiones acuñadas por Dios, para revelar algo muy importante de Sí mismo”⁸.

Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, anuncia San Juan Bautista; y este *pecado del mundo* es todo género de pecados: el de origen, que en Adán alcanzó también a sus descendientes, y los pecados personales de los hombres de todos los tiempos. En Él está nuestra esperanza de salvación. Él mismo es una fuerte llamada a la esperanza, porque Cristo ha venido para perdonar y curar las heridas del pecado. Cada día, antes de administrar la Sagrada Comunión a los fieles, los sacerdotes pronuncian estas palabras del Bautista, mientras muestran al mismo Jesús: *Éste es el Cordero de Dios...* La profecía de Isaías ya se cumplió en el Calvario y se vuelve a actualizar en cada Misa, como recordamos hoy en la oración sobre las ofrendas: *cada vez que celebramos este memorial del sacrificio de Cristo, se realiza la obra de nuestra redención*⁹. La Iglesia quiere que agradezcamos al Señor su entrega hasta la muerte por nuestra salvación, y el haber querido ser alimento de nuestras almas¹⁰.

Desde los primeros tiempos el arte cristiano ha representado a Jesucristo, Dios y Hombre, en la figura del Cordero Pascual. Recostado a veces sobre el *Libro de la vida*, la iconografía quiere recordar lo que nos enseña la fe: es el que quita el pecado del mundo, el que ha sido sacrificado y posee todo el poder y la sabiduría; ante Él se postran en adoración los veinticuatro ancianos –según la visión del Apocalipsis¹¹–, preside la gran Cena de las bodas nupciales, recibe a la Esposa, purifica con su sangre a los bienaventurados..., y es el único que puede abrir el libro de los siete sellos: el Principio y el Fin, el Alfa y la Omega, el Redentor lleno de mansedumbre y el Juez omnipotente que ha de venir a retribuir a cada uno según sus obras¹².

⁴ SAN JUAN PABLO II, *Homilía* 18-I-1981.

⁵ Cfr. *Is* 53, 7.

⁶ MISAL ROMANO, *Prefacio Pascual* I.

⁷ *1 Cor* 5, 7.

⁸ A. GARCIA MORENO, “Jesucristo, Cordero de Dios”, en *Cristo, Hijo de Dios y Redentor del hombre*, III Simposio Internacional de Teología, EUNSA, Pamplona 1982, p. 269.

⁹ MISAL ROMANO, Domingo segundo del Tiempo ordinario, *Oración sobre las ofrendas*.

¹⁰ Cfr. SAGRADA BIBLIA, *Santos Evangelios*, EUNSA, 2ª ed., Pamplona 1985, pp. 1154-1155.

¹¹ Cfr. *Apoc.* 19.

¹² A. GARCIA MORENO, *loc. cit.*, pp. 292-293.

“A perdonar ha venido Jesús. Es el Redentor, el Reconciliador. Y no perdona una vez sola; ni perdona a la abstracta humanidad, en su conjunto. Nos perdona a cada uno de nosotros, tantas cuantas veces, arrepentidos, nos acercamos a Él (...). Nos perdona y nos regenera: nos abre de nuevo las puertas de la gracia, para que podamos –esperanzadamente– proseguir nuestro caminar”¹³. Agradecemos al Señor tantas veces como ya nos ha perdonado. Pidámosle que nunca dejemos de acercarnos a esa fuente de la misericordia divina, que es la Confesión.

– **La esperanza de ser perdonados. El examen, la contrición, y el propósito de enmienda.**

II. ¡El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo! Jesús se convirtió en el Cordero inmaculado¹⁴, ofrecido con docilidad y mansedumbre absolutas para reparar las faltas de los hombres, sus crímenes, sus traiciones; de ahí que resulte tan expresivo el título con que se le nombra, “porque –comenta Fray Luis de León– *Cordero*, refiriéndolo a Cristo, dice tres cosas: mansedumbre de condición, pureza e inocencia de vida, y satisfacción de sacrificio y ofrenda”¹⁵.

Resulta muy notable la insistencia de Cristo en su constante llamada a los pecadores: *Pues el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido*¹⁶. *Él lavó nuestros pecados en su sangre*¹⁷. La mayor parte de sus contemporáneos le conocen precisamente por esa actitud misericordiosa: los escribas y los fariseos murmuraban y decían: *Éste recibe a los pecadores y come con ellos*¹⁸. Y se sorprenden porque perdona a la mujer adúltera con estas sencillas palabras: *Vete y no peques más*¹⁹. Y nos da la misma enseñanza en la parábola del publicano y del fariseo: *Señor, ten piedad de mí que soy un pecador*²⁰, y en la parábola del hijo pródigo... La relación de sus enseñanzas y de sus encuentros misericordiosos con los pecadores resultaría interminable, *gozosamente interminable*. ¿Podremos nosotros perder la esperanza de alcanzar el perdón, cuando es Cristo quien perdona? ¿Podremos perder la esperanza de recibir las gracias necesarias para ser santos, cuando es Cristo quien nos las puede dar? Esto nos llena de paz y de alegría.

En el sacramento del perdón obtenemos además las gracias necesarias para luchar y vencer en esos defectos que quizá se hallan arraigados en el carácter y que son muchas veces la causa del desánimo y del desaliento. Para descubrir hoy si alcanzamos todas las gracias que el Señor nos tiene preparadas en este sacramento, examinemos cómo son estos tres aspectos: nuestro *examen de conciencia*, el *dolor* de los pecados y el *propósito* firme de la enmienda. “Se podría decir que son, respectivamente, actos propios de la fe –el conocimiento sobrenatural de nuestra conducta, según nuestras obligaciones–; del amor, que agradece los dones recibidos y llora por la propia falta de correspondencia; y de la esperanza, que aborda con ánimo renovado la lucha en el tiempo que Dios nos concede a cada uno, para que se santifique. Y así como de estas tres virtudes la mayor es el amor, así el dolor –la compunción, la contrición– es lo más importante en el examen de conciencia: si no concluye en dolor, quizá esto indica que nos domina la ceguera, o que el móvil de nuestra revisión no procede del amor a Dios. En cambio, cuando nuestras faltas nos llevan a ese dolor (...), el propósito brota inmediato, determinado, eficaz”²¹.

¹³ G. REDONDO, *Razón de la esperanza*, EUNSA, Pamplona 1977, p. 80.

¹⁴ Cfr. SAN JUAN PABLO II, *loc. cit.*

¹⁵ FRAY LUIS DE GRANADA, *Los nombres de Cristo*, en *Obras Completas Castellanas*, BAC, Madrid 1957, I, p. 806.

¹⁶ *Mt* 18, 11.

¹⁷ *Apoc* 1, 5.

¹⁸ *Mt* 11, 19.

¹⁹ *Jn* 8, 11.

²⁰ *Lc* 18, 13.

²¹ B. ALVARO DEL PORTILLO, *Carta* 8-XII-1976, n. 16.

Señor, ¡enséñame a arrepentirme, indícame el camino del amor! ¡Que mis flaquezas me lleven a amarte más y más! ¡Muéveme con tu gracia a la contrición cuando tropiece!

– **La Confesión frecuente, camino para la delicadeza de alma y para alcanzar la santidad.**

III. “Jesucristo nos trae la llamada a la santidad y continuamente nos da las ayudas necesarias para la santificación. Continuamente nos da el *poder de llegar a ser hijos de Dios*, como proclama la liturgia de hoy en el canto del *Aleluya*. Esta fuerza de la santificación del hombre (...) es el don del Cordero de Dios”²². Esta santidad se realiza en una purificación continua del fondo del alma, condición esencial para amar cada día más a Dios. Por eso, amar la *Confesión frecuente* es síntoma claro de delicadeza interior, de amor a Dios; y su desprecio o indiferencia –cuando aparecen con facilidad la excusa o el retraso– indica falta de finura de alma y, quizá, tibieza, tosquedad e insensibilidad para las mociones que el Espíritu Santo suscita en el corazón.

Es preciso que andemos ligeros y que dejemos a un lado lo que estorba, el lastre de nuestras faltas. Toda Confesión contrita nos ayuda a mirar adelante para recorrer con alegría el camino que todavía nos queda por andar, llenos de esperanza. Cada vez que recibimos este sacramento oímos, como Lázaro, aquellas palabras de Cristo: *Desatadle y dejadle andar*²³, porque las faltas, las flaquezas, los pecados veniales... atan y enredan al cristiano, y no le dejan seguir con presteza su camino. “Y así como el difunto salió aún atado, lo mismo el que va a confesarse todavía es reo. Para que quede libre de sus pecados dijo el Señor a los ministros: *Desatadle y dejadle andar...*”²⁴. El sacramento de la Penitencia rompe todas las ataduras con que el demonio intenta tenernos sujetos para que no vayamos deprisa hacia Cristo.

La Confesión frecuente de nuestros pecados *está muy relacionada con la santidad*, con el amor a Dios, pues allí el Señor nos afina y enseña a ser humildes. La tibieza, por el contrario, crece donde aparecen la dejadez y el abandono, las negligencias y los pecados veniales sin arrepentimiento sincero. En la Confesión contrita dejamos el alma clara y limpia. Y, como somos débiles, sólo una Confesión frecuente permitirá un estado permanente de limpieza y de amor; se convierte en el mejor remedio para alejar todo asomo de tibieza, de aburguesamiento, de desamor, en la vida interior.

“Precisamente, uno de los motivos principales para el alto precio de la Confesión frecuente es que, si se practica bien, es enteramente imposible un estado de tibieza. Esta convicción puede ser el fundamento de que la Santa Iglesia recomiende tan insistentemente (...) la Confesión frecuente o Confesión semanal”²⁵. Por esta razón debemos esforzarnos en cuidar su puntualidad y en acercarnos a ella cada vez con mejores disposiciones.

Cristo, Cordero inmaculado, ha venido a limpiarnos de nuestros pecados, no sólo de los graves, sino también de las impurezas y faltas de amor de la vida corriente. Examinemos hoy con qué amor nos acercamos al sacramento de la Penitencia, veamos si acudimos con la frecuencia que el Señor nos pide.

Rev. D. Joaquim FORTUNY i Vizcarro (Cunit, Tarragona, España) (www.evangelii.net)

He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo

²² SAN JUAN PABLO II, *loc. cit.*

²³ *Jn* 11, 44.

²⁴ SAN AGUSTIN, *Comentario al Evangelio de San Juan*, 29, 24.

²⁵ B. BAUR, *La confesión frecuente*, Herder, Barcelona 1974, pp. 106-107.

Hoy hemos escuchado a Juan que, al ver a Jesús, dice: «He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1,29). ¿Qué debieron pensar aquellas gentes? Y, ¿qué entendemos nosotros? En la celebración de la Eucaristía todos rezamos: «Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros / danos la paz». Y el sacerdote invita a los fieles a la Comunión diciendo: «Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo...».

No dudemos de que, cuando Juan dijo «he ahí el Cordero de Dios», todos entendieron qué quería decir, ya que el “cordero” es una metáfora de carácter mesiánico que habían usado los profetas, principalmente Isaías, y que era bien conocida por todos los buenos israelitas.

Por otro lado, el cordero es el animalito que los israelitas sacrifican para conmemorar la pascua, la liberación de la esclavitud de Egipto. La cena pascual consiste en comer un cordero.

Y aun los Apóstoles y los padres de la Iglesia dicen que el cordero es signo de pureza, simplicidad, bondad, mansedumbre, inocencia... y Cristo es la Pureza, la Simplicidad, la Bondad, la Mansedumbre, la Inocencia. San Pedro dirá: «Habéis sido rescatados (...) con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo» (1Pe 1,18.19). Y san Juan, en el Apocalipsis, emplea hasta treinta veces el término “cordero” para designar a Jesucristo.

Cristo es el cordero que quita el pecado del mundo, que ha sido inmolado para darnos la gracia. Luchemos para vivir siempre en gracia, luchemos contra el pecado, aborrezcámoslo. La belleza del alma en gracia es tan grande que ningún tesoro se le puede comparar. Nos hace agradables a Dios y dignos de ser amados. Por eso, en el “Gloria” de la Misa se habla de la paz que es propia de los hombres que ama el Señor, de los que están en gracia.

Juan Pablo II, urgiéndonos a vivir en la gracia que el Cordero nos ha ganado, nos dice: «Comprometeos a vivir en gracia. Jesús ha nacido en Belén precisamente para eso (...). Vivir en gracia es la dignidad suprema, es la alegría inefable, es garantía de paz, es un ideal maravilloso».
